

# MITO Y UTOPIA COMO CONJETURA, METAFORA Y SIMBOLO

Jorge RIVADENEYRA A.<sup>(1)</sup>

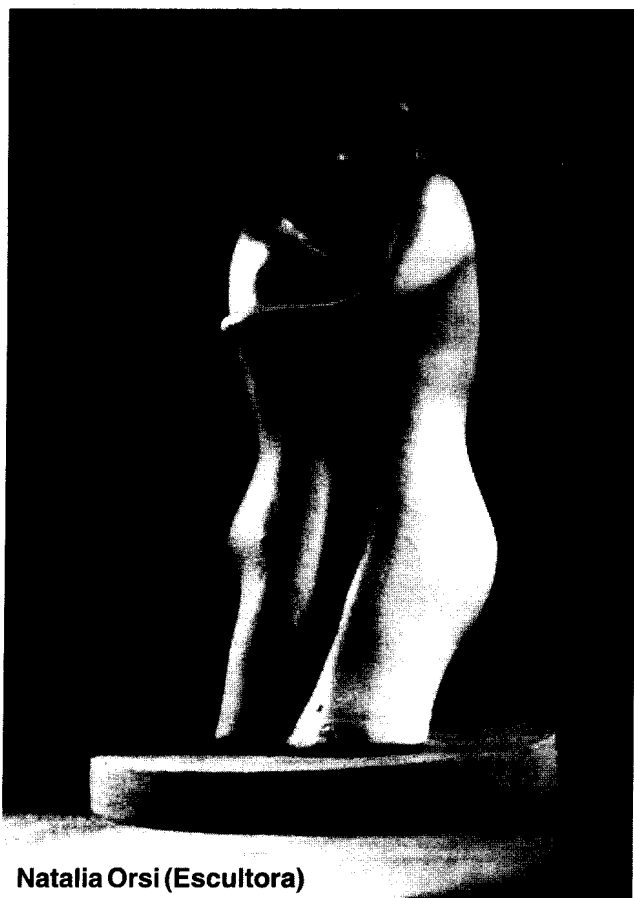
<sup>(1)</sup>Doctor Jorge Rivadeneira Coordinador de la Comisión de Estudios Postdoctorales de la Universidad Nacional Experimental Simón Rodríguez, Caracas, Venezuela. Miembro del Comité Organizador del I Encuentro Latinoamericano de Educadores Universitarios, Venezuela 1996.

En 1516, en Lovaina, se imprimió un libro por Tomás Moro, intitulado *De la mejor condición de una república y de la nueva isla Utopía, verdadero librito de oro, tan provechoso como entretenido*. Larguísimo el título, ¿no?; como si se trata de una tesis doctoral. Menos mal que el uso histórico de cinco siglos lo ha sintetizado, y hoy, todo el mundo sólo dice Utopía, palabra con la cual se alude a muchas más cosas que las anotadas en la obra famosa.

No es un ensayo porque los ensayos son: a) el

repasso que hacen los comediantes antes de presentarse en público, y b) lo jamás concluido, como éso que re-inventó un poco más adelante el señor Montaigne. Tampoco es una novela en sentido estricto, aun cuando se le parece mucho, al igual que los libros de Platón, bautizados con el nombre de filosofía a pesar de que en justicia deberían llamarse novelas, o cuando menos el más antiguo antecedente de ese género literario. Así pues, dando gusto a la manía clasificatoria diremos que Utopía es una ficta, es decir ficción no sólo como aquel pensamiento que no requiere de verificación, sino en el sentido de que las ideas son en sí mismas de naturaleza ficcional, como ya lo vio William Occam, aun cuando fueron Rousseau, Locke y todos los *ius naturalistas* quienes utilizaron *de facto* ese método ficcional, de acuerdo al cual sus teorías del estado se basan en una realidad supuesta, la suscripción de un contrato con dos capítulos, a saber, el *pactum societatis*, es decir las normas según las cuales los seres humanos acordaron regular su seguridad y conservación, y el *pactum subjentionis*, el convenio mediante el cual esos mismos seres humanos deciden entregar el poder a un soberano.

Esas conjeturas, en este caso el supuesto pacto, son aquello que la mente concibe sin contar con el antecedente específico de la experiencia. En este sentido, el mito, la utopía y la ciencia, entre otras formas del conocimiento, son la objetivación de suposiciones mediante las cuales se da por establecido que la realidad posee determinadas características; o mejor dicho, esas ideas aparecen como reproducciones o deducciones de lo real *yno a priori* ficcionales. El pensamiento matemático es uno de los ejemplos más significativos de esta afirmación: carece de contenido empírico; sin embargo, sirve para medir el mundo de la experiencia, a la cual le confiere objetividad. Es decir que pertenece *al como si*, o *supongamos que*. Ernst Robert Curtius y Lezama Lima, señalan que de acuerdo a la verdad de la poesía resulta imposible emplear cualquier técnica que no sea la de ficción. T.S. Eliot llama mítico a esta ficcionalidad. Pero H. Vaihinger, en su Filosofía del Como Sanota que *el método de las ficciones se encuentra en mayor o menor grado en todas las ciencias, en donde aparecen como si fuesen supuestos fundacionales*. Tal es el caso del principio de la inercia que se basa en la supuesta existencia de un cuerpo abandonado a



Natalia Orsi (Escultora)

sí mismo. Ese cuerpo no existe, pero es una de las muletas en las que se apoya Newton para matematizar la ley de la gravitación universal. Algo semejante ocurre con el principio de la mano invisible en la economía de Adam Smith. A estas suposiciones Vaihinger denomina *ficciones paradigmáticas*. Estas ficciones contienen conceptos tales como la utopía. O como *el hombre original*, cuya biografía fue borroneada en *El Banquete*, de Platón. Allí, el fundador de la humanidad es un hermafrodita. Al pobre, por alguna razón desconocida, se le priva de tan grata coexistencia, sometiéndole a la separación de los géneros masculino y femenino. Esta despiadada cirugía ha dado lugar a la eterna búsqueda de los sexos opuestos que pretenden volver a ser uno, como si la verdadera alienación fuese no poder reintegrarse para siempre.

De lo anotado se desprende que esta manera de pensar es *natural*, por lo mismo, históricamente irrenunciable por cuanto forma parte de nuestra estructura mental. A esta forma usual de pensar se la ha dado nombre de *representaciones ideales*. Y con esas *representaciones*, Tomás Moro diseñó una isla imaginaria y de ese croquis dedujo lo referente a la organización de un Estado cuya instrumentalidad permita alcanzar la felicidad y la libertad humanas. Con el objeto de simular existencia fáctica, Moro inventó unos personajes como Ademo, príncipe sin pueblo, *Amauroto*, ciudad entre la niebla, y ríos sin agua, como Anidro. Estos latinazgos, en vez de dar al libro verosimilitud, incrementaron la sensación de que la obra era simplemente una *story*, esto es “una ficción al modo en el que el uso lingüístico inglés utiliza esta palabra para denominar un género del arte narrativo social. De este modo, Moro produce una ilusión de realidad en el marco de un viaje fingido de descubrimiento.”<sup>1</sup>

La sensación de irrealidad se vuelve suversiva cuando Moro plantea que un examen de todos los Estados del mundo demuestra que existe una especie de conjuración de los ricos, los cuales amparándose en la ley, cuidan sólo de sus intereses. La generalización de este criterio le permite afirmar, pioneramente, que “*dondequiera que exista propiedad privada y se mida todo por el dinero, será difícil lograr que el Estado obre justa y acertadamente*”.

Moro constata que una parte de la sociedad se aprovecha de la otra, es decir que hay injusticia en el sentido de predominio de los fuertes sobre los débiles. De esta relación deduce, al igual que el Lobo de Rubén Darío, que *en el hombre existe mala levadura, que en todas las casas estaban la envidia, la saña, la ira, y en todos los rostros ardían las brasas de odio, de lujuría, de infamia y la mentira*. Intercambiando sueño por realidad, Tomás Moro propone reglamentar la sociedad, totalmente, desde el vestirse hasta el comer, incluyendo el ensueño y el esparcimiento. Este platonismo de izquierda dio como resultado el proyecto de una sociedad excesivamente

reglamentada. En ese mundo tan hermético no cabe ni siquiera la ilusión de violar las leyes y los valores. Pero los reglamentos son muros de contención erosionables, y la bondad es menos consistente que la maldad, por lo cual, a contrapelo de las aspiraciones de Moro, Utopía no sólo es el lugar que no existe, sino la reglamentación que no funciona y en definitiva, la imposibilidad de la felicidad como meta suprema. Sin embargo, esta constatación tiene validez sólo desde el punto de vista de cuantificable porque la humanidad viene incluyendo la utopía en todos sus proyectos, como elemento impulsor. Se podría decir que utopía es la felicidad que se busca a sabiendas de que no existe; pero como el buscar es un caminar, entonces la utopía no es la meta sino el camino.

Dicho de otro modo, son utópicos los proyectos más radicales, los que niegan las estructuras vigentes, aquellos que exploran los contornos de un nuevo mundo. Por ello, desde que Moro inventó el concepto, se ha vuelto irrenunciable porque forma parte de la teoría de los sueños que pugnan inútilmente por objetivarse. O sea que utopía es, en primer lugar, una negación, por ejemplo de los límites valorativos, y sólo secundariamente una afirmación de perfiles difusos, éstos que se vislumbran en la lejanía, más allá de las montañas azules. Coadyuvantemente, la praxis social de la humanidad parece que se sustenta en una gama de conjeturas, entre las que descuella el pensamiento mítico, pero no residualmente, como la escoria, sino como racionalidad semejante a la del cálculo. En otras palabras, paralelamente a la instrumentalidad cuantificadora de la razón, se desenvuelve el paradigma de la racionalidad mítica. La utopía forma parte de este sistema de pensamiento, y es tan importante que sin esa *racionalidad* no existirían el concepto de felicidad, de libertad y justicia.

Un positivismo recalitrante, y sus múltiples variables, entre las que acaso sin quererlo se encuentra el postmodernismo, se declara adversario acérrimo de la utopía por considerarla anti- histórica. Arguye que es impensable sin la ucronía, y la unidad *sin- tiempo* con el *no- lugar* sólo puede producir un futuro inmóvil: “*Los diversos paraísos elaborados por las principales religiones como metas finales de la aventura humana constituyen la forma más completa de utopía y de negación de la historia*”<sup>2</sup>. De acuerdo a este criterio, utopía y paraíso son sinónimos y los dos son conceptos constitutivos de alguna religión, por cual, además de anti- histórica, la utopía sería una variable de ideología, entendida como falso pensamiento, habida cuenta de que lo que se diga del futuro sólo es un pseudo descripción del presente.

Ahora bien, las necesidades y los deseos son algo así como el combustible de toda sociedad en el sentido de que se trata de satisfacerlos en la medida que se van constituyendo. La distinción entre necesidades y deseos es de tipo cualitativo, con fuertes componentes lúdicos, como ocurre en el niño que prefiere una pelota a un vestido.

Y esto no se debe a que los niños sean más fantasiosos que los adultos, sino que estos últimos han reprimido su capacidad de fantasear.

El pensamiento filosófico considera que necesidades y deseos son conceptos diferentes, sin embargo emparentados, pero se confiere al deseo la capacidad de impulsar a un ser vivo a la acción. En este sentido, en "Las Lecciones de Glasgow", Adam Smith dice que "*La actividad entera del hombre está dirigida no a procurar lo que satisface nuestras tres más modestas necesidades -alimento, vestido y alojamiento-, sino más bien a garantizar aquellas comodidades que son requeridas por el refinamiento y delicadeza de nuestro gusto*". De donde resulta que no basta con comer, sino que es casi compulsivo hacerlo, por ejemplo, en una mesa, con utensilios adecuados, con vino, música suave y media luz. Es decir que deseo es la apetencia de lo placentero; necesidad, en cambio significa depender de otras cosas o de otros seres. En este sentido se habla de necesidades materiales, como comer, y espirituales, como la libertad. Por ello, los deseos engendran pasiones. Las necesidades, en cambio conducen al sacrificio, a las renunciaciones, a la búsqueda de soluciones racionales. "*Todas las funciones de la psique humana, conscientes, superconscientes, inconscientes y subconscientes pueden reducirse al deseo*"<sup>3</sup>.

Pareciera que las necesidades se refieren a formas de escasez y a la búsqueda, muchas veces dolorosa, de lo que falta; en esa búsqueda se manifiesta la voluntad de la vida. Los deseos, en cambio, podrían estar más cerca de lo que se conoce con el nombre de subjetividades, por lo cual serían más imperiosos e inmediatos que las necesidades. Sin embargo, debido a que no son categorías inmutables ni pre-existentes, y por cuanto no son ni biológica ni socialmente homogéneos, su satisfacción o insatisfacción seguramente produce efectos diferentes. Añádase a esto la imposibilidad de satisfacer todas las necesidades y deseos, por lo cual es creíble que su insatisfacción condicione los procesos de la conciencia, produciendo, por ejemplo, manifestaciones políticas, estéticas, zafaris, exploraciones pinaculares de todo tipo, incluyendo la fantasía, la disidencia, la búsqueda de libertad y justicia, médula del pensamiento utópico. Y este tipo de pensamiento, a causa de su contenido fantástico, pareciera que es mucho más motivador que las abstracciones científicas. Por ello, "la referencia a lo que no existe todavía otorga al pensamiento la capacidad de modificar la estructura objetiva"<sup>4</sup>, aun cuando para realizar la modificación haya que acudir, posteriormente, a la ciencia y a la técnica.

*Lo que no existe todavía, o el aún-no*, como llama Bloch a la utopía, está alimentado no sólo por necesidades, sino por deseos tales como el de la abundancia sin trabajo, vale decir la plenitud sin mediaciones. Esta imposibilidad histórica es el fundamento del concepto bautizado con el nombre de *conciencia de la escasez*, una especie

de síntesis de necesidades y deseos insatisfechos. Tómese en cuenta que los deseos tienen fuertes connotaciones subconscientes. Se transforman en conciencia de la escasez con la mediación de la fantasía, cuando se compara el ser con el deber ser.

Es decir que necesidades y deseos no solamente son determinaciones materiales, carencias producidas, por ejemplo, por un reparto desigual del producto social. Las necesidades y deseos están tejidos con el hilo que hilaban las *Hilanderas del Tiempo* y que aquí denominaremos la trama inconclusa de la felicidad, entendida como una sustancia diametralmente opuesta a la realidad cuantificable. Las expediciones hacia las tierras prometidas forman parte de esos zafaris hacia el reino de la felicidad. Pero "*la felicidad en esta vida no consiste en la serenidad de una mente satisfecha, porque no existen los propósitos finales... La felicidad es un continuo progreso de los deseos, de un objeto a otro, ya que la consecución del primero no es otra cosa sino un camino para la realización de otro ulterior*"<sup>5</sup>. Puesto que esta tesis es una de las piedras sillares de su teoría del Estado, Hobbes puntualiza que la felicidad se alcanza mediante el poder. O sea que para ser más felices habría que ser cada vez más poderosos, y como todos quieren lo mismo habida cuenta de que los seres humanos son iguales por naturaleza, el asunto termina en una hecatombe llamada guerra de todos contra todos, en la que los combatientes actúan a los puños mordiscos, como si fueran lobos. Total, la búsqueda de la felicidad sólo lleva a la infelicidad.

Retomando el hilo de esta discusión, Sigmund Freud se pregunta qué esperan los hombres de la vida. "*Quiéren llegar a ser felices*", responde, porque creen que así podrán evitar el dolor, experimentando, en su lugar, intensas sensaciones placenteras, tomando en cuenta que "*la novedad será siempre la condición del goce*"<sup>6</sup>. Sólo que en este caso, la felicidad elusiva no es el resultado del poder sino de atributos primariamente eróticos y subsidiariamente genitales. Una vez que las necesidades y los deseos se relacionan con otras manifestaciones vitales como el erotismo, es decir con alegría de vivir, tiene lugar la eclosión presente en la vida cotidiana y en las grandes gestas de la humanidad. En esta dirección, se diría que uno de los más antiguos deseos del hombre es el sobrepasar su propia condición humana, y para ello, con notoria astucia, valiéndose del pensamiento conjetural, primeramente ha procedido a inventar a los dioses. Luego ha tratado de ser como ellos, pero no sólo como capacidad de crear la vida mediante el sexo, sino también para disfrutarla eternamente, suponiendo que Dios así lo hace.

La utopía, es decir *el deseo de lo nuevo* entendido como descubrimiento permanente de ininterrumpidas formas de disfrute, parece que en el transcurso de los milenios se ha ido inscribiendo en los genes de la humanidad: impulsan las renombradas empresas, transformándose una y

otra vez, como Proteo. Cada una de esas manifestaciones tienen una muy breve existencia que se eterniza, paradójicamente, en los instantes de la búsqueda. Estas manifestaciones del pensamiento, disidentes por innovadoras, se diferencian de los otros disentimientos porque su compromiso fundamental no es con la abundancia o el poder, sino con la libertad y la belleza, precisamente porque ninguna de las dos son alcanzables incondicionalmente.

## Mito

Es una palabra muy vieja, seguramente de origen griego, como tantas palabras antiguas. En un viaje de milenios ha sufrido numerosas metamorfosis. Uno de sus significados, es el más conocido y sencillo es el de biografía de los dioses helenos, y por extensión, de todos los dioses inventados por los hombres de antaño. El concepto *dioses antiguos* alude a que se trata de dioses ficticios, en oposición a los que imperan en las distintas culturas contemporáneas, que gozan del estatus de verdaderos.

Otro significado de mito es el de pensamiento falso, opuesto tanto al *logos* como a la historia a causa de que la realidad mítica es aquella que existe sólo en la irrealidad. Este es el significado que le daba Aristóteles, y siguiendo ese criterio, Hegel dice que los mitos son filosofemas, es decir producto insuficiente de la razón: "*obra de la razón fantaseadora. Su núcleo es racional, pero es obra de la razón que todavía no puede producir los pensamientos en otra forma que en la sensible*". De acuerdo a esta concepción, la sustancia del mito es el pensamiento imaginativo. Su núcleo es racional pero está dominado por la fantasía. Dicho de otro modo, en vez de una naturaleza comestible concibe un mundo contemplativo.

Sin embargo, se diría que precisamente esta manera de ser determina la multidireccionalidad del pensamiento mítico, opuesta a la camisa de fuerza de una racionalidad lógico-matemática, que sólo es una de las formas de la razón. Y si sólo es una de las manifestaciones de la estructura mental, quiere decir que el pensamiento mítico no es una fábula fósil sino que se encuentra presente en la cultura de todos los tiempos. Esa presencia se debe a que se da permanentemente una discusión íntima en el individuo con sus motivaciones. Ese diálogo perpetuo se produce por debajo del umbral de lo consciente<sup>8</sup>. Entre sus referentes tenemos, 1) la creación del mundo, esto es la divinidad como juez y paradigma, y 2)

el comportamiento humano tomando como parámetro las normas de la comunidad, entendidas como objetivación de la ley divina. Por ello, la moral no sería una convención, sino una especie de búsqueda estética porque al adorar a Dios lo que se pretende es igualarlo. La validez del mito radica en que ese intento de ser como Dios forma parte de inconscientes creencias sociales, a las cuales modifica y temporaliza.

Esa es la fuerza del pensamiento mítico, y eso es lo que le diferencia del cuento, de la fábula y otras manifestaciones estéticas, así contengan elementos legendarios, como ocurre con la novelística de García Márquez y los escritos de Jorge Luis Borges. Estas características son la expresión de una consanguinidad inequívoca del mito con la utopía. Así lo ha entendido Isaac J. Pardo. Por ello, en su libro, "Fuego Bajo el Agua" describe y analiza los mitos de la humanidad, los cuales, casi cronológicamente culminan en la Utopía, de Tomás Moro.

## El arte como manifestación del pensamiento utópico-mítico

En el arte *in extenso*, incluyendo en este concepto a la pintura, la poesía, la novela y la música, además de las numerosas manifestaciones de la vida cotidiana como las fiestas, el juego y la risa, parece que forman parte de una zona muy vasta, algo así como un inmenso taller en el que se inventan conjeturas de acuerdo al principio del *como si*, o sea suponer que la realidad es de esta o aquella forma, tal como lo hace el pensamiento utópico-mítico.

Estas formas del pensamiento, profusamente imbricadas, se refieren a lo que se podría denominar *la otra realidad*, ésa invisible porque es pura potencialidad: negación y afirmación; vislumbre de lo que puede ser. Esas potencialidades deben tener un asidero en la mentalidad biológica e instintiva de la humanidad, anclaje que acaso funciona como condicionante erótico-estético, por ejemplo en el sensual anhelo del bien-comer y el bien-vestir, en las competencias deportivas y la recreación; en los viajes a cualquier parte, en las festividades instiuidas y en los jolgorios; en el amor, la televisividad y la lectura. Nótese que en todos estos

casos se trata de incursiones a lo desconocido, aun cuando lo desconocido sea la vecina del frente o las montañas azules, archiconocidas porque a ellas se excursiona desde la ventana cualquier lunes de tedio o quizás todos los fines de semana, habida cuenta de que el hombre, con



independencia de las etnias y de los integrantes de la cultura, es un obstinado buscador de satisfacciones estéticas. Esas exploraciones de lo que no se conoce pareciera que son una especie de vocación orientada a trastocar la dictadura de lo real-cotidiano, que no es otra cosa que el *sumun* de las instituciones sociales, vale decir del orden imperante, un orden que no tolera que se traspase los márgenes de la tolerancia. Para saltar esas barreras, como a hurtadillas, consciente o inconscientemente, los seres humanos buscan la plenitud erótico-estética en el sentido de consustanciarse, por ejemplo, con la mítica eternidad del amor y la belleza, mítica porque esas eternidades son pura utopía en el sentido de zafari hacia lo que debería ser. El ritual de esa búsqueda constituye el ceremonial del arte.

Pero el arte también es un saber especializado cuya fuerza radica en que es una ilusión que crea ilusiones. Esa ilusividad se vale del desafío, de la acusación y la protesta sugeridas, o sea de un lenguaje metafórico que es, al mismo tiempo, transgresión y descubrimiento, donde descubrir no quiere decir llegar a América, sino abrir el camino, entendiendo por camino aquello que no tiene final, un no-saber hacia dónde se va, con la incertidumbre y la euforia de la exploración, recreando las asperezas de la realidad mediante perífrasis, hipérbolos, símiles, neologismos y arcaísmos, a todos los cuales, por comodidad, llamaremos metáforas, habida cuenta que "*el lenguaje humano es metafórico en su esencia misma*"<sup>9</sup>, y no sólo ocasionales traslados del significado de una palabra a otra, como lo quería Aristóteles, sino símbolos del *no-es todavía*.

Desde este punto de vista, la metáfora posee un contenido subversivo, alguna dinamita contra la cotidianeidad. Sin embargo, su explosividad sólo es una alusión a la posibilidad de otras dimensiones estéticas, confiriendo a las palabras el don de producir transformaciones, algo semejante a lo que hace el chamán cuando canta y danza la oración para que deje de llover, o como lo hicieron los dioses del Popol- Vuh, o de la Biblia, cuando crearon el mundo pronunciando las palabras precisas.

La metáfora contiene una sutancia mágica con la que siempre se han entretreído los mitos y las utopías. Esa es la magia que modifica los pensamientos y las acciones de los actores. En el lenguaje metafórico no hay adecuación entre el concepto y el objeto porque la metáfora transgrede el orden lingüístico e inventa uno nuevo, y deviene en la lógica del descubrimiento. Por ello se diría, reiterativamente, que lo metafórico, característico pero no exclusivo del arte, es la argamasa del mito y la utopía: la *mitopía* es en sí misma una metáfora. De ese modo, "*el mundo ficticio del arte aparece como la verdadera realidad*. Sin embargo, "*el arte no puede cambiar el mundo, pero puede contribuir a transformar la conciencia y los impulsos de los hombres y de las mujeres capaces de cambiarlo*"<sup>10</sup>.

## Lenguaje mítico

La dura lucha por la vida, lo inexplicable de la existencia, la imposible eternidad del amor, la búsqueda interminable de la libertad y de la justicia, parece que son los nutrientes de un lenguaje mítico constituido por símbolos crípticos y metafóricos. Aristóteles consideró que la metáfora traslada el significado de uno a otro concepto, modificando el significado del segundo. Cassirer, yendo un poco más allá de Aristóteles, refiriéndose al mito, estableció que el lenguaje humano es metafórico. A partir de estos señalamientos, las investigaciones de Lakoff y Johnson (1991) demuestran que *la mayor parte de nuestro sistema conceptual está estructurado metafóricamente*.

O sea que las palabras, los juicios y las oraciones no expresan directamente la realidad, sino que se valen de circumloquios y suposiciones, tratando de entender lo desconocido mediante metáforas y comparaciones de España.

Las metáforas impregnan y modifican el sistema conceptual dando forma a sistemas de valores. En la expresión *amar a la patria es odiar a los enemigos*, el amor y el odio se modifican a sí mismo gracias a que giran en torno al concepto patria. Es decir que las metáforas cambian las percepciones

del mundo y establecen lo que podría llamarse la verdad, tomando en cuenta que no hay algo que podría llamarse verdad absoluta, como ya lo estableció el fundador de la física Galileo Galilei, cuando demostró que la verdad es estadística, síntesis, o suma de posibilidades. A esto debe añadirse que las propiedades de las cosas no son intrínsecas, sino más bien proyecciones, como cuando se dice *pertenezco a este mundo*, donde tanto el sujeto como el habitat aparecen como sustancias homogéneas por su complementariedad. Es decir que las afirmaciones verdaderas no se refieren a características *reales* de los objetos sino propiedades internacionales. En este sentido, la verdad no es un proceso de adecuación entre objeto e intelecto, sino más bien una adecuación entre el objeto y la palabra.

Por otra parte, el mismo Cassirer dice que el hombre ha inventado el símbolo, al que sitúa entre la verdad objetiva y la conciencia percipiente, con lo cual el hombre vive en una nueva dimensión de la realidad, un universo creado por el pensamiento. Es decir que el ser humano no se relaciona con la realidad de un modo inmediato; ni siquiera la ve porque está metido en el símbolo que la representa. Es decir que los hechos crudos son transformados en esperanzas, proyectos, utopías, donde utopía no es el proyecto que aún



no se ha realizado a causa de su dificultad, sino una especie de espejismo, las campanadas que se oyen en la soledad de los páramos.

De acuerdo al lenguaje mítico, el diálogo con los dioses es un desafío que no tiene por objeto la transformación de la existencia sino la adecuación del individuo a una áspera terrenalidad, tomando en cuenta lo mudable de la sutancia mundo. Por ello, el mito y la utopía son la invención de símbolos lingüísticos referidos a experiencias heterogéneas y a valores; es una forma de conciencia presente en todas partes, de manera más o menos invisible, como ocurre en conceptos aparentemente no-míticos, como el de progreso e individuo soberano, democracia y derechos del hombre, donde el desajuste entre precepto y realidad se debe a que su contenido fundamental es mítico en el sentido de valores incondicionados.

Se diría que los elementos constitutivos del lenguaje mítico son, a) una realidad empírica en tanto que experiencia con sentido; b) la perdurabilidad de los valores humanos; c) la continuidad del mundo, y d) un tiempo circular donde el pasado es el nicho de un presente que se proyecta hacia lo que se ha dado en llamar el futuro, por lo cual ese tiempo la movilidad que no se mueve <sup>11</sup>.

Esta composición del pensamiento mítico determina su presencia en las distintas formas del conocimiento humano por cuanto el mito intenta descifrar los fines de la existencia, deduciéndolos de la experiencia histórica. Y como ésta aparece como un continuo de horrores y de infelicidad, el mito por un lado y la utopía por otro, inventan la amistad a ultranza, la bondad sin restricciones; han armado un discurso acerca de la felicidad posible, de una libertad incondicionada, las cuales son lógicamente imposibles puesto que la felicidad y la libertad sin límites se anularían a sí mismas.

El lenguaje mítico es contiguo al lenguaje

lógico. Aun cuando deben haber vasos comunicantes, en vez de la previsión científica, establece el principio de la esperanza. Además, “*toda energía dirigida al mundo mítico lleva un impulso erótico. Eros, en el mito, es el deseo total, el deseo transformado en lo único y eterno*”<sup>12</sup>. El amor acaso sea el ejemplo más característico de ese *deseo total*: debido a su intensidad se auto-considera todopoderoso y perpetuo, hecho de una sutancia cegadora; único a pesar de la pluralidad, original aun cuando se repite una y otra vez. Es posible que de esa hambre que jamás se sacia provenga el concepto de eternidad. Allí deben estar las raíces del paraíso, donde la serpiente, es decir el arrepentimiento y el hastío, en vez de negar, afirman el mito “*En el amor mutuo nadie está obligado a nada, nadie está autorizado a nada. Se recibe la gracia gratis*”<sup>13</sup>. En esa geografía hay un predominio absoluto de los valores como el de libertad, la igualdad, el altruismo, la generosidad y la justicia, valores que también son el *sustratum* del paradigma utópico-mítico, sólo que la utopía, por separado, está más cerca de la política, condicionando la realidad con su irrealdad. Se ha puesto que utopía es un conjunto de postulados inverosímiles, inalcanzables o irrealizables en el presente. Así lo demuestra su examen etimológico, lugar que no existe; una fantasía ideada por Tomás Moro para oponerse a las arbitrariedades de la monarquía inglesa, o para expresar las necesidades de una burguesía incipiente. Incluso se ha creído que *las utopías de hoy son las realidades de mañana*, una *vulgata futuroológica*, tan sólo un falso presente.

Sin embargo, el poder movilizador de la utopía proviene, 1) de que posee una sutancia mítica, 2) de que es irremediamente irrealizable; 3) Su irrealizabilidad posee las características del deseo que jamás se sacia. ¿Has caminado hacia la línea del horizonte? Jamás se llega, ¿no?, pero se sigue camina que te camina, tratando de alcanzarla.

#### Notas bibliográficas

<sup>1</sup>- Jürgen Habermas, “Teoría y Praxis”, Tecnos, Madrid, 1990, pág. 65.

<sup>2</sup>- Ferruccio Rossi - Landi, “Ideología”, Editorial Labor, Barcelona, 1980, pg.226.

<sup>3</sup>- Paul Diel, “Simbolismo en la Mitología Griega”, Ed. Labor, España, 1991, pág.24.

<sup>4</sup>-Ernst Bloch, “Utopía y Esperanza”, Ed. Península, Barcelona, 1978, pgs. 82 - 107.

<sup>5</sup>- Thomas Hobbes, “El Leviatan”, FCE, México, 1940, pág. 79, donde también dice: “Para un hombre, cuando su deseo ha alcanzado el fin, resulta la vida tan imposible como para otro cuyas sensaciones y fantasías estén paralizadas. La causa de ello es que el objeto de los deseos humanos no es gozar una vez sólomente, y por un

instante, sino asegurar para siempre la vía del deseo futuro.”

<sup>6</sup>- Sigmund Freud, “El Malestar en la Cultura”, Alianza Editorial, Madrid, 1975, pág.19.

<sup>7</sup>- GW.F. Hegel, “Introducción a la Historia de la Filosofía”, Ed. Aguilar, España, 1977, págs. 171-173.

<sup>8</sup>- Paul Diel, “El Simbolismo en la Mitología Griega”, Ed. Labor, España, 1991, págs. 11 y siguientes.

<sup>9</sup>- Ernst Cassirer, “El Mito del Estado”, FCE, México, 1974, pág. 30.

<sup>10</sup>- Hebert Marcuse, “Dimensión Estética”, Editorial Materiales, Barcelona, 1978, pg. 77.

<sup>11</sup>- Leszek Kolakowski, “La presencia del Mito”, Amorortu Editores, Buenos Aires, 1975, pág. 37.

<sup>12</sup>- L. Kolakowski, *ibid*, páginas 52- 53.

<sup>13</sup>- *Ibid*, página 54.